

Two stories

Rolando Arco

AUTHOR'S NOTE: Rolando Arco was born in Leningrad (current Saint Petersburg), the son of a Russian-Jewish mother and Cuban father and grew up in a small city on Cuba's northern shore, with an intermission for college in Lvov (western Ukraine) in the middle of Perestroika's hopes and changes. In 1996 arrived in New York City and started working on environmental projects as a geologist. Have been writing fitfully and stubbornly since childhood. Finished the NYU Creative Writing in Spanish Master program in December 2020.

Miedo

Caminó en puntillas por el pasillo oscuro y se encerró en el baño comunal sin encender la luz. Se había levantado como todas las madrugadas a tomar un sorbo de agua en la cocina y ahora maldecía esa costumbre como si el sueño pudiera salvarlo. Apoyado en la orilla de la bañera, suprimió su resuello. Hubo un forcejeo apagado en una de las habitaciones cercanas a la entrada del apartamento. Percibió la vibración de algo pesado golpear el piso, luego el franco estruendo de la loza. *No están en mi cuarto, no tengo vajilla, no están en mi cuarto.*

Al rato los sintió agruparse en el pasillo, las voces disminuyeron, se cerró la puerta de entrada. En el ineludible silencio residual sonaba un llanto tenue. Entreabrió la puerta y se asomó al pasillo que atravesaba longitudinalmente el antiguo consultorio médico. A la entrada estaban dos gabinetes convertidos en residencias para familias con niños, seguidos por dos cuartos estrechos: uno era el suyo, en el otro vivía un matrimonio de geólogos. De la puerta entreabierta de los geólogos emergía una franja de luz que atravesaba el vestíbulo.

Se alegró de estar descalzo. Salió del baño y llegó a su cuarto. Empujó la puerta evitando mirar, y la cerró luego milímetro a milímetro, apoyando la frente contra la madera. Atravesando su habitación caminó a la ventana que daba a la calle y miró por la rendija entre la cortina y el marco sin tocar la tela. Al otro lado de la avenida, ancha y desocupada, había un automóvil negro. El chofer fumaba recostado contra el guardafangos delantero. Vestía una chaqueta de cuero sobre una camisa abotonada al descuido y una gorra plana con la visera hasta las cejas. Tres siluetas oscuras surgieron bajo la cornisa de su ventana, tres espaldas idénticas que caminaban en un triángulo ajustado, enmarcando entre ellos la figura delgada de su vecino el geólogo. Al verlos, el chofer tiró el cigarro al asfalto. La canica roja rebotó y se deshizo en chispas. Los hombres se agruparon empujando al geólogo al asiento trasero del auto.

Le dio la espalda a la ventana y enfrentó su cuarto. Sintió dolor en los músculos de la mandíbula. Un sobrecogimiento viscoso le bajaba del tórax hasta el estómago.

Así es como pasa, así es. Dios.

Deslizándose la espalda contra la pared se sentó en el piso. *¿Tengo todo lo que necesito en la maleta? Encender la luz. La verían de la calle. ¿Una vela?* Imaginó al chofer con la gorra plana recostado en el auto, mirando el parpadeo sospechoso de la vela tras su cortina. *No.*

La perdurabilidad de la inacción y del insomnio le parecían incalculables. A ratos, como una débil onda radial, llegaban sollozos del cuarto de enfrente. Para no escuchar rescató medio litro de vodka del fondo de su armario y lo vació a sorbos espaciados.

Gradualmente, los detalles del cuarto se fueron haciendo perceptibles. La cortina en la ventana transmutó del gris plumizo a la sugerencia de un azul. Afuera la neblina llegaba en jirones desde la bahía. En los frontones se aseaban indiferentes las gaviotas.

* * *

A las 9:30 de la mañana, una hora más tarde de lo común, Evgueni Efimovich Kogan, prometedor ingeniero hidráulico del instituto de construcción naval, salió del edificio en que vivía llevando una maleta de viaje y se dirigió a la estación de trenes. Recorrió las calles conocidas sin ver los edificios ni los peatones. Su mente estaba fija en la franja de luz que salía del apartamento de sus vecinos los geólogos.

La desaparición de su jefe un año atrás lo había sometido a una ansiedad que no logró superar. Lo reemplazó un químico huraño que no conocía. A este lo vio por última vez una tarde de junio. A la mañana siguiente, había sido sustituido por el jefe del Departamento de Recursos Humanos. Nadie volvió a nombrar a su antiguo jefe ni al químico infeliz. Las iniciales de ambos desaparecieron de los cianotipos y los libros de su mentor desaparecieron de la biblioteca.

Llegando a la estación de trenes se encerró en una cabina telefónica y llamó al instituto. El auricular olía a cigarro. La moneda cayó como un guijarro en un lago y del fondo respondió el barítono rítmico del tono, seguido por un ruido, un bostezo reprimido y la improbable voz vespertina de Lena.

—Lena, mi madre está muy enferma y salgo a verla esta tarde

—dijo Evgueni y se sorprendió de su tono oficial -. Díselo a Sergei Vladimirovich, por favor.

Se había acostado con Lena un par de veces, pero la dejó porque lo aburría. Ahora se preguntaba si la resultante animadversión residual encarnaba un peligro.

Compró un billete a Jabárovsk porque era el primer tren en salir. No tenía destino. Se había criado como en una fortaleza sitiada. La terraza acristalada con vistas al Volga, el olor de libros viejos recalentados en el verano, el tintinear amable de las cucharas diluyendo el azúcar, escuchar a papá y mamá conversar de libros, de música, de metalurgia y astronomía, de los abuelos, en casa, a salvo de todo. El único disturbio, el atardecer en que papá dijo algo asombrosamente rencoroso sobre aquella comisión de diez meses de la que regresó tan delgado y pálido. Evgueni no entendió lo dicho, pero si entendió el reproche de mamá "piensa lo que dices delante del niño".

Mamá fue atropellada por un tranvía regresando de su compra semanal en el mercado. Derrotado, papá solo aguantó hasta enviarlo a la universidad. La muerte de sus padres vació la vida de Evgueni. El día que terminó la universidad enterró los libros prohibidos en el patio de un amigo y buscó la comisión más lejana posible. En las planillas del Departamento de Recursos Humanos del Instituto constaba honestamente y de su letra que sus padres ya no existían.

El tren se estiraba a lo largo del penúltimo andén. Caminó hasta encontrar un compartimiento donde solo había otro pasajero, un señor de traje gris y *pince-nez* que leía el periódico inclinando la cabeza hacia la ventana. Al entrar Evgueni el señor levantó la vista para darle los buenos días y continuó leyendo. Evgueni admiró la perfección profesoral de su barba.

—Los condenaron — dijo el profesor levantando la vista para mirar por la ventana.

—¿A quiénes? — respondió Evgueni. La temerosa ingenuidad de su pregunta le crispó el estómago.

—Radek, Piatakov... y los otros — desgranó el profesor, como quien suelta monedas en la palma de un mendigo. *No me digas que no sabes de lo que hablo muchacho.*

—Oh...

Evgueni acomodó la maleta en la litera superior rogando interiormente que la conversación se interrumpiera.

El profesor no dijo nada más. Evgueni se sentó junto a la ventana. Con los codos sobre la mesa y la barbilla en las manos observó el anverso del periódico del profesor, la semiluna de las cortinas a ambos lados de la ventana, el ajetreo industrial en el andén. Pensó si vería de nuevo la Bahía del Cuerno de Oro, si le tocaría vagar por la Milionka. Lo consideró improbable. Estimó la congoja de su antiguo jefe, en su familiar traje azul a rayas, su afable bigote de morsa, caminando una madrugada entre tres espaldas idénticas hacia un carro negro.

En el término de una hora la ciudad se deshizo en suburbios y almacenes hasta devenir en bosque. En una estación anodina entró al compartimiento un tercer pasajero. Traía consigo el aire frío del campo y el hedor brusco del vodka. Vestía un abrigo verde acolchado sobre una camisa blanca desabotonada y su pelo rubio estaba cortado al descuido.

Deteniéndose en la puerta del compartimiento el nuevo pasajero escrutó el sitio con la diligencia de un feligrés. Luego, con lentitud calculada, ocupó el extremo opuesto de la litera del profesor. Una vez instalado, examinó a Evgueni abiertamente. Evgueni intentó sostenerle la mirada. Con lenta indiferencia, el rubio cambió la mirada hacia el profesor.

—Yid — dijo el rubio.

El tren dio un golpe brusco tratando de recomenzar la marcha, pero volvió a detenerse.

—Yid — repitió el recién llegado, mirando al profesor. —Judío de mierda.

Con otro golpe el tren se comenzó a mover. Evgueni sintió la desesperación de una cobardía insuperable. El profesor pasó una página de su periódico. Una mujer corría en el andén a la par de la ventana, enseñando un puñado de huevos hervidos.

—¿Te gusta leer eh, yid? —sonrió el rubio y cruzó las piernas. Sacó del bolsillo un puñado de semillas de girasol, masticó algunas, escupiendo las cáscaras al piso. Afuera, la vendedora quedó atrás. El concreto del andén terminó ante un barranco que se alejaba.

Satisfecho, el rubio estiró el brazo, arrancó el periódico de las manos del profesor y lo estrujó haciéndolo una bola. El profesor metió una mano en el bolsillo de su chaqueta y se viró hacia la ventana. Evgueni, con despecho, hizo lo mismo. El rubio se alzó, encorvado para no golpearse con la litera de arriba y tomó al profesor por el cuello de la chaqueta.

—¡Oye yid! — dijo.

Resignado, Evgueni sacó la pierna de abajo de la mesa para intervenir. Vio el paisaje reflejado en los cristales del *pince-nez*. Vio que el profesor encaró al rubio golpeándolo en el pecho. El rubio abrió la boca queriendo exclamar. De pie, el profesor lo echó a un lado. Evgueni admiró la vehemencia del aborrecimiento tras el brillo del *pince-nez*. Maleta en mano, el profesor salió al pasillo y desapareció. El cuello del rubio formaba un ángulo perverso contra la pared. Del pecho le sobresalía el mango de un cuchillo y una estrella carmesí que se expandía.

En el pasillo aumentó el repiqueteo de las ruedas cuando alguien abrió la puerta entre los vagones. Con incrédulo pavor, Evgueni se inclinó a la ventana y vio al profesor rodar por la pendiente del terraplén y perderse entre los arbustos. El tren tomaba velocidad. El rubio estaba semisentado contra el espaldar de la litera. Tenía los ojos redondos de sorpresa, sus labios contenían una O no pronunciada.

Las acciones de Evgueni rebasaron su raciocinio. Con manos inciertas registró los bolsillos del muerto. Una esperanza apenas intuida le sugería un cambio. Cerró las puertas corredizas del

compartimento y esperó llegar a la siguiente estación. Sentado en el andén vio el tren reducirse a un punto. En su bolsillo tenía la identificación del muerto, un tal Vova Zapálin, contador, asignado a la aldea X del valle del Bikín.

* * *

Tardó una semana en llegar. Día tras día alternó monótonas rutas secundarias servidas por trenes cada vez más ajados. Eventualmente, el apareamiento suave de las líneas de acero se interrumpió bruscamente junto a un cobertizo de madera. El hielo adherido a las paredes y el techo lo hacían brillar en el atardecer. Parado en el andén, se alegró del grosor virginal de la nieve entre las verticales negras de los cipreses. El custodio lo dejó dormir en la estación, envuelto en su abrigo sobre un banco que arrimó a la estufa. Por la mañana lo despertó para encomendarlo a un cazador Nanai que lo esperaba afuera.

Tras acomodar su maleta en el trineo y arrojarse con un sobretodo que el cazador le ofreció, Evgueni se sintió satisfecho con no reflexionar. Una vereda de nieve apisonada los internaba en la taiga.

—¿Usted, joven, es el nuevo contador? — le preguntó el cazador.

—Así es — respondió Evgueni, con una improbable alegría en la voz.

El cazador miraba hacia adelante, sacudiendo suavemente las riendas, mascando las puntas de su bigote canoso y fino.

—Conocí a su predecesor — dijo el cazador. Evgueni se avergonzó al admitirse que no esperaba la limpia corrección del ruso del cazador.

El viaje duró siete horas. Los esquíes del trineo registraban los montículos encubiertos bajo la nieve. Los cristales del hielo crujían bajo el peso del vehículo. Interrumpiendo el silencio a intervalos espaciados, Derzú, el cazador Nanai, le contó a Evgueni la historia banal y el final horrible del anterior contador de la aldea.

Shipachov (así se llamaba el contador) aprendió a cazar cuando lo asignaron al valle del Bikín. Se había criado en los Urales, en una ciudad industrial. Cazaba para comer, como todos, pero su ambición creció cuando los rumores sobre los precios que pagaban los chinos por una piel de tigre llegaron a aldea. Derzú describía, condescendientemente, sus habilidades. En la taiga era ciego y sordo, dijo Derzú. Su última temporada comenzó en una cabina prestada por el jefe de policía Naumov.

La temporada de caza es una proeza de resistencia. Aislados por tres, cuatro meses, los cazadores perdían el habla, sufrían de alucinaciones auditivas. Shipachov quería cazar un tigre para vender su piel a los chinos. Una tarde de mala suerte encontró los restos de un jabalí. Las huellas de un tigre estaban aún presentes. Para compensar sus días de penuria, o para usarlo como señuelo — nunca estuvo claro —, Shipachov empacó los restos del jabalí en su mochila. Como contaría la maestra de la aldea, (amante ocasional del contador, a quien este visitó el día último de su desespero),

acercándose a su cabaña Shipachov se sintió inquieto, vigilado. En el silencio de la taiga, no estaba solo.

En lo más oscuro de la madrugada lo despertó un rugido telúrico, seguido por el chillido final de su perro. En los instantes en que transitaba del sueño a la realidad pensó que la tierra bajo su cabaña se movía amonestándolo. Abrió la puerta y salió al pórtico. Fuera del incierto círculo amarillo que proyectaba la lámpara de keroseno vio escabullirse una sombra que dejó atrás unas manchas oscuras en las que reconoció, sin pensarlo, los restos sangrientos del perro. Entonces, cometió su segundo y quizás más grave error. Refugiándose en la cabaña cargó su rifle y trató de adivinar la ubicación del tigre en la oscuridad. Pensó que el blanco de la nieve entre los árboles lo ayudaría. Un sonido áspero, rencoroso, se escuchaba a intervalos irregulares, sugiriendo que el animal daba vueltas alrededor de la cabaña. Cuando una penumbra más fuerte que el resto se movió lateralmente entre las sombras verticales, Shipachov disparó. Pero su fusil no era del calibre suficiente. Escuchó un alarido de ira en la oscuridad, y la sombra sinuosa, enorme, desapareció.

Por la mañana, rifle en mano, exploró los alrededores. No encontró nada de su perro aparte de las manchas ya ocres en la nieve. Su reserva de leña, apilada contra las paredes exteriores, estaba esparcida por todo el pequeño claro que rodeaba la edificación como impactada por una tromba. Incluso el retrete había sido aplanado. El destacamento que arribó a la cabaña después de los hechos describió la desolación que encontraron. Creyéndose aún cazador, Shipachov hizo un giro de doce kilómetros en la taiga, rastreando las huellas de un tigre que cojeaba de la pata delantera izquierda.

Atardecía cuando Shipachov tocó a la caseta de la maestra, que ganaba un dinero adicional trabajando de guardia en los terrenos de la compañía forestal. La mujer lo recordó erguido, ensimismado. Shipachov le contó lo ocurrido y dijo que regresaba a su cabaña. La maestra le urgió que se quedara, pero él no quiso traerle la desgracia, porque sabía que el tigre lo seguiría sin descanso. Al anochecer la maestra llegó a la casa del jefe de policía Naumov, quien movilizó a un grupo de hombres. Cuando arribaron al día siguiente notaron que las huellas de Shipachov se detenían a unos quince metros de su cabaña, en un claro donde la nieve estaba revuelta. Allí encontraron un cráneo humano absolutamente liso y desprovisto de carne, fragmentos de un fémur y un par de botas.

* * *

Al jefe de policía lo desconcertaron las buenas maneras y las manos suaves del nuevo contador. La aritmética sencilla de su inesperada ocupación era fácil para un ingeniero hidráulico, pero Evgueni sudaba cuando Naumov o la maestra usaban términos inventaríales que no conocía. Antes de acostarse, repetía cinco veces "me llamo Vova, Vova Zapálin", y apagaba la vela.

Cuando vio por primera vez la aldea le pareció haber retrocedido al neolítico. De los techos encapuchados sobre

paredes de troncos bastos salían impávidas verticales de humo. La topografía suavizada por la nieve brillaba entre la repetición infinita de los pinos. Un riachuelo negro como una vena abierta separaba la aldea del bosque.

Inevitablemente Derzú y luego la maestra lo llevaron de cacería. Su torpeza con las armas y el pavor ante la enormidad silenciosa de la taiga no fueron inesperados. Una mañana observó el óvalo ocre musculoso de un jabalí moviéndose entre los árboles. Cerró los ojos después de realizar el disparo, pero la suerte le había dotado con buena visión y un pulso firme. El animal estaba muerto. Le repugnó el regocijo de la maestra ante su éxito, la exultación del cazador le parecía una cobardía, pero no pudo evitar una alegría primitiva al comer la carne. Esa noche frente a la hoguera la conversación pausada, apenas existente, retornó a su predecesor. Derzú repitió parcamente la prohibición de agredir a un tigre. En eso, la maestra estaba de acuerdo.

* * *

De regreso a la aldea vieron a un muchacho rubio, alto, con la fibra elemental de una juventud saludable, conversar con Naumov. Este había jurado exterminar cuanto tigre se encontrara para vengar a su amigo Shipachov. Derzú, calladamente, lo evitaba. El joven rubio (le informó la maestra a Evgueni) había terminado su servicio en el ejército y regresó a casa de sus padres, que trabajaban en la empresa forestal.

Tres días después de la desaparición del joven se supo que este le había prometido a Naumov matar al tigre. La madre desesperada le reclamaba a Naumov que cómo pudo permitirlo. Este ordenó que todos los hombres capaces de caminar se armasen. Comenzaron a peinar la taiga bajando hacia el Bikín donde el joven había puesto unas trampas. Caminaron el día entero siguiendo la ruta circular que el joven había elegido. De noche acamparon en la siniestra cabaña de Naumov, donde se les sumó Derzú. Por la mañana, tan pronto entraron en el bosque, encontraron las huellas frescas de un tigre enorme, que cojeaba de la pata delantera izquierda.

Antes de arribar al miedo, dos observaciones simultáneas sorprendieron a Evgueni. Primero, estimó que el largo del animal apuraba los tres metros y que el pelaje de la panza parecía apenas abanicar la nieve en la que Evgueni podía hundirse hasta las caderas. Segundo, el diámetro de las huellas excedía las de una cabeza humana.

Esa tarde encontraron las ropas del joven, increíblemente intactas, aunque llenas de sangre. Naumov maldijo y lloró y juró exterminar todas las alimañas a rayas que existieran en la tierra. Bebía siempre, pero se había excedido los últimos días, temeroso de enfrentar el cataclismo que había creado.

Eran cinco hombres parados alrededor de las ropas oscuras sobre la nieve, cuando los alcanzó un bramido que parecía venir de todas partes al mismo tiempo. Alguien sugirió una dirección posible y dispararon al unísono, cuidadosos de no quedarse sin municiones.

Ninguno estuvo seguro si el movimiento lejano entre los árboles era el viento, el impacto de las balas, o el ser enorme y sigiloso que los vigilaba. Con palabras brutales Naumov los insultó a todos, sin motivo necesario. Reservó su mayor cizaña para Evgueni. El desamor que Naumov sentía por el contador de manos suaves era instintivo y cierto, y Evgueni lo sabía.

En el silencio del regreso, Evgueni pensó en las dimensiones magníficas del tigre y la infalibilidad de su reinado. En la aldea, Naumov ordenó a todos prepararse para salir al día siguiente. Luego se empeñó en visitar la cabaña de Derzú (donde Evgueni era inquilino). Fue arbitrario y grosero. Le dio una patada a una silla al entrar y se inclinó a hurgar en el baúl de Evgueni. Este, que llevaba apenas unos meses en la aldea, sintió que las paredes lo constreñían y que la cabaña le quedaba estrecha. Anheló la inmensidad fría donde reinaba la bestia sigilosa. Se percibió como un abeto en crecimiento, libre y fresco, mientras un insecto alevoso excavaba sus raíces.

Miró por la ventana y vio que anochecía. Escuchó perros ladrar en la luz lila, admiró los fuegos desperdigados de la aldea. Con piernas rígidas dio tres pasos y apoyó el cañón del fusil contra la oreja de Naumov que gruñía, tirando fuera todo lo que encontraba. El disparo hizo que su cabeza rebotara contra la pared y se hundiera de regreso en el baúl. Solo sus piernas semidobladas quedaron fuera, con los talones torcidos en direcciones opuestas, en un ángulo antinatural. La lámpara de queroseno parpadeó. El humo de la pólvora disminuyó su modesto brillo. Sintió la presencia de Derzú y se viró para enfrentarlo. No tiene miedo, pensó. *No me tiene miedo a mí.* Sintió que sus piernas ya no estaban rígidas, y se supo al punto del derrumbe.

—Me tengo que ir—dijo.

Derzú se acercó y apagó la lámpara.

* * *

Un domingo muchos inviernos después Evgueni se sentó, para sorpresa propia, a escribir. La música de la radio lo decepcionaba, los jockeys tildaban de clásicas las melodías queridas de su juventud. Una brisa helada barría Brighton Beach. La ventana frente a la mesa de la cocina daba a un patio interior, donde un arce raquítico era abusado por copos semilíquidos. Pensó en el tigre enorme cojeando de la pata delantera izquierda, pensó en el camino recorrido con Derzú hacia la frontera china, donde encontraron a un Nanai que les contó que la aldea había sido tomada por un pelotón de la NKVD a cargo de buscar y eliminar un tigre antropófago y, de paso, detener al contador de la aldea al que (el difunto) Naumov denunciaba en sus informes como un elemento social hostil y posible trotskista. Los destellos de su juventud intensa y desgraciada le parecieron la vida ajena de un desconocido. Decidió narrarlo todo en tercera persona.

Inspirado por el documental "Conflict Tiger"
de Sasha Snow

La Esquina del Mausoleo

*Lo que vieron mis ojos fue simultáneo:
lo que transcribiré, sucesivo, porque el lenguaje lo es.
Algo, sin embargo, recogeré.*

Jorge Luis Borges, "El Aleph"

La calle se repartía en blanco y negro como el teclado de un piano: a la derecha la sombra, a la izquierda el sol. Se replicaba en aceras anchas y rectas, acompañando el decursar rítmico de casas de un solo piso que Marcelo reconocía con cariño.

Su madre había muerto hacía dos años. Sus restos exhumados estaban en un armario de mampostería en la sección nueva del cementerio, frente a un descampado polvoreado de diminutas conchas marinas. Ni un árbol, ni un magro marpacífico obstruían el sol que cocinaba la tierra blanqueando hasta la transparencia los caracoles quebradizos. En la tercera caja a partir de la esquina, en la hilera superior, estaba escrito su nombre. Un absurdo asidero de alambre invitaba a poner flores que morían enseguida o se las robaban otros dolientes. Marcelo optaba por la tradición judía de poner guijarros en el techo del armario.

Después del cementerio pasó por la bajadita del río a visitar a su abogada. No tenía derecho a heredar la casa, porque vivía en los Estados Unidos. Pero quería intentarlo. Querría dejársela a sus mejores amigos, los hermanos Aguilar. De casa de la abogada hizo dos derechas y fue manejando por la calle Solís. Las fachadas se sucedían como hermanas entrando a una fiesta y el compás lo marcaban los ventanales con barrotes sólidos y puntas de lanza, de jambas anchas y planas, guarecidos bajo la horizontalidad confortante de las cornisas sobre las que reposaban las balastradas de las azoteas.

Al reconocer la Casa de la Cultura Marcelo sonrió con deleite y con un leve girar de la cabeza, entró. Reconoció las descoloridas flores de lis que formaban las losas del piso agrupadas de cuatro en cuatro. Al fondo estaba el estrado de madera enmarcado por cortinas polvorientas y frente al estrado, las hileras de mesas escolares donde Leni Aguilar y Marcelo dibujaban caricaturas de sus compañeros durante el seminario de artes plásticas. Las libretas de dibujos y las risas contenidas fueron reemplazadas por la luz amarilla del comedor de la casa y el buró antiguo entre los libreros. Era la noche de los quince de Ania (la del grupo 7B) que había alquilado la Casa de la Cultura para su fiesta y no los había invitado. Fresca. Marcelo tecleaba en la Smith Corona sobre unas fichas de cartulina que mamá usaba en la universidad. A sus espaldas los hermanos Aguilar miraban sus nombres alinearse en las falsas tarjetas de invitación, atolondrados de risa. Y entraron. En el estrado bailaban la quinceañera y sus amigas. Marcelo y su grupo se abrían paso entre la multitud del salón, pero la semi penumbra de la fiesta fue desplazada por un sol de mediodía, un sol que entraba en diagonal por la ventana de la cocina trazando una piel de tigre

con la sombra de los barrotes. A Marcelo lo habían botado del curso de artes plásticas por indisciplina y tenía que irse para la escuela al campo. Mamá estaba ordenando algo en la mesa pero sus manos no están en el recuerdo, solo sus hombros, la bata de casa descolorida, su pelo castaño, corto, peinado de lado, y los espejuelos de miope de montura ámbar. Marcelo estaba sentado a un lado de la mesa ayudándola, esperando el reproche o la ira, pero mamá no dijo nada, solo parecía un poco triste. Detrás de mamá Marcelo recordó el estante de la vajilla de paredes de azulejos deliciosamente lisas.

A través del estante Marcelo vio un poste de luz y la acera un poco desgastada de una esquina. Estaba doblando de Solís a Plácido, la calle estaba llena de sol y el asfalto estaba conmovido de imperfecciones superficiales. A la izquierda estaba el parque y en el centro del parque el Mausoleo de los Libertadores, chato como un bunker, cerrado con una reja labrada. Cuando niños pegaban las caras al metal frío de los barrotes para considerar el rectángulo interior del Mausoleo, silencioso y polvoriento, y los sobrecogía el misterio del no existir.

Marcelo vio a contraluz una silueta familiar en bicicleta, que venía en sentido contrario.

—¿Eh?, ¿y usted que hace aquí? —le preguntó el ciclista y sacó el pie del pedal buscando la acera. Sandro.

Marcelo frenó y alineó el carro con la acera. Se dieron un abrazo y se sentaron en un banco de granito artificial. La losa gris estaba fresca en la tarde, los senderos asfaltados del parque convergían en el prisma bajo y hermético del Mausoleo, un estremecimiento recorría las copas de los laureles centenarios.

—Sus padres fueron parte de mi educación —dijo Sandro—. Cuando su mamá lo matriculó en la escuela de idiomas, me matriculó a mí también.

Me trata de "usted", pensó Marcelo, y le pareció absurdo. Miró la cara bronceada de su amigo, notando las arrugas asentadas bajo los ojos verdes.

—Mi hija está en la universidad ya, estudiando leyes —dijo Sandro—. Cuando ella estaba en el Pre la madre se empató con un tipo del trabajo y se fue a vivir a Ciego de Ávila y me dejó la niña aquí. Yo por poco pierdo el trabajo, estuve ingresado y todo en la sala seis...

Psiquiatría, pensó Marcelo.

—Yo sé Sandro, Leni me contó por Facebook —dijo Marcelo—. Lo siento. De eso hace ya bastante tiempo ¿verdad?

—Sí, cinco años. Esa mujer vino de Ciego a reclamarme la casa, verdad que uno no sabe con quién se casa hasta que pasan estas cosas...

Estaba furiosa esa mujer, pensó Marcelo comprensivamente. Pocas veces eso pasa por gusto.

—...Yo no sabía ni cómo explicárselo a mi papá —decía Sandro—. El venía a verme todos los días al hospital...

Calle 14 y Sexta Avenida, seis de la tarde, pero ya estaba oscuro porque es diciembre, las luces amarillas de Union Square se ven a espaldas de su exmujer, Marcelo acababa de llegar de Cuba del

entierro de mamá, estaba parado frente a la madre de su hijo y esta le dijo que lo llevaba a juicio para quitarle la custodia compartida del menor.

—...Yo la verdad estaba muy mal en aquel momento, creo que lloraba mucho, me acuerdo de que lloraba cuando papá venía a verme, pero también me daban unas pastillas y dormía mucho. No sé por qué le cuento esto así, ahora...

—Sandro, si me sigues diciendo usted me va a salir salpullido en la cabeza asere, ¿qué bobería es esa?

Las arrugas bajo los ojos de Sandro se encogieron en una semisonrisa y a Marcelo le pareció que mentalmente Sandro no estaba en el banco junto a él, sino en la penumbra del piso seis, tratando de hablar con su padre.

—Ahora tengo una pareja nueva que es muy buena. Es dos años más joven que yo —dijo Sandro—, es la hija de Alberto el oncólogo no se si te acuerdas. A mi papá le cae muy bien. Vivimos aquí al doblar la calle, en Maceo, en la casa frente a la óptica.

—Esta bueno eso, me alegro. ¿Y tú sigues en la ingeniería?

—Bueno sí, qué remedio. Hice un posgrado por la noche. Ahora lo dan ahí en la escuela de enfermeras, usan las aulas por las noches...

Toda su vida aquí pensó Marcelo con involuntario espanto *la calle Solís, la escuela de enfermeras, el parque del Mausoleo ¿y eso es todo?*

—...y con eso me pusieron de jefe del sector eléctrico en Caguagua. Me dieron un yipi y todo, y con eso resuelvo. A veces tenemos que llevar a mi suegra a Santa Clara a las diálisis, ella está mala de los riñones...

Sandro siguió hablando un buen rato. En su relato Marcelo atisbaba las curvas sobreimpuestas y coincidentes de sus vidas, y se sintió libre de la competitividad y pequeñas vanidades de la adolescencia. Después de despedirse, cuando iba manejando en la oscuridad del pueblo, le pareció haber visto a Sandro a través de una fantasmagórica gaza parda, como el celuloide gastado de una película vieja donde las personas y los lugares de antes seguían existiendo.